melancólicamente



josefina lerena acevedo de blixen

Melancólicamente

Josefina Lerena Acevedo de Blixen

Melancólicamente

Montevideo 1977

Son páginas melancólicas, ya que así resultan siempre las que viven el monólogo de los recuerdos.
Y no he hablado de un diario íntimo, porque nada en ellas roza los secretos del alma, aunque nunca es totalmente íntimo un diario íntimo.

la vieja casa

— 1 —

No era entonces una vieja casa lo que me atraía de una manera singular con sus antiguas historias. En ella vivía mi abuela, para mí más distante cuando estaba a su lado, que ahora que está entre cosas lejanas. Y fue allí, en su ambiente, donde comprendí el encanto de las cosas lejanas y distantes, que buscaba para animar tal vez en una forma nueva y mía. Me magnetizaba lo desconocido, lo que dejara un margen de vaguedad o pudiera mantenerse envuelto en un halo vaporoso. Y la vieja casa tenía evidentemente la condición asombrosa de poder transformarse.

Por otra parte, era en el interior de las cosas, y no fuera de ellas, donde encontraba, o esperaba encontrar el misterio que la calle disipaba con su cruda nitidez, con su impersonalidad, y ese tono excesivamente definido, trivial y diurno de perspectiva de primer plano. De ahí que mis paseos estuvieran siempre como orientados hacia adentro, dejando de ver a menudo lo que pasaba a mi lado, para seguir un hilo invisible, gracias al cual

me perdía y encontraba en el laberinto de las posibilidades de mi imaginación. Así, las puertas abiertas resultaban inagotables fuentes de sueños, desde que un rincón soslayado, vislumbrado al pasar, bastaba para inquietarme largamente; y hasta las puertas cerradas, obstinadamente cerradas, cobraban una rara atracción, con sus secretas, fantasmagóricas visiones. Las ventanas se abrían, pues, a la luz y a la sombra, para afuera y para adentro, y más bien hacia adentro.

— 2 —

Entonces, todas las casas me interesaban, y en ese estado de espíritu, es lógico que aquélla, familiar y enigmática, más que ninguna encerrara ese hechizo intenso de lo que sin entrar en la irrealidad, pareciera bordearla. Iba siempre, y la miraba como si nunca la hubiese visto. Cada vez encontraba algo que recién veía, o recién comprendía o empezaba a adivinar en ese juego y estudio de las cosas. Pero, acentuaba el interés y la compenetración era más perfecta porque la timidez que me hacía huir de la gente me empujaba a refugiarme en las cosas que respetaban mis rubores y mis ingenuidades. Y además y sobre todo, porque la casa estaba como enriquecida por emociones superpuestas y ennoblecida de pasado, y había adquirido ese aire extraño y persistente que rondaba sobre todo aire de casa desierta y viva, llena de cosas evaporizadas y significativas, de sándalo y recuerdos. Nada dejaba de existir de una doble manera, presente y pasada, como si cada objeto fuera un fantasma, o testigo, o prueba irrecusable de otros tiempos. Algunas estancias ya no pertenecían a nadie, y era como si estuvieran de más en la casa. Pero, si era así, esa evidencia acentuaba la personalidad del ambiente, creando

una atmósfera religiosa de recogimiento. Desde luego, el escritorio podía parecerme superfluo, puesto que nadie trabajaba allí, ni entraba siquiera, a pesar de que sus puertas, abiertas de par en par, simulaban desmentir lo hermético del aposento con su actitud acogedora. Se había ido creando como un desinterés convencional por esas puertas abiertas, y se prefería dar una vuelta y pasar por fuera, a cruzar esa pieza, oscura ya a la hora meridiana. Y era aquello un signo de respeto. Una sostenida veneración por quien había sido el dueño de aquellas cosas inmovilizaba allí todo. Por eso no se encendía luz, ni se precisaba entrar, ni se quería descifrar la sabiduría de los libros negros y rojos, de lomos costosamente dorados, que llenaban la habitación desde el piso hasta el techo, dejando sólo los huecos justos de las puertas abiertas. Nadie tocaba nada, ni yo tampoco, cuando entraba atraída por los dos globos, terrestre y celeste, que a mis ojos se ofrecían como fruta prohibida y que contemplaba primero desde afuera, y luego desde adentro, brillando en la penumbra anacarada del santuario. Pero, asimismo, sin tocar nada, sentía el frío de los objetos, y el frío de la quietud, adherido a aquella pieza a la que iba a respirar la sombra.

— 3 —

Aún desnuda y deshabitada, la casa habría tenido para mí los atractivos de sus distintos puntos de observación, que le daban una gran riqueza de panorama, la gracia de sus efectos de luz y sombra, de sus ángulos impenetrables, y el interés de sus distancias. Sólo que a esto debía sumarse el cúmulo de inapreciables, deliciosos detalles que descubría, con deleite de coleccionista, mi entusiasmo de explorador, y eran ellos los que agre-

gaban a mis experiencias aquel contenido de leyenda, al que me aferraba, aun cuando fuese innecesario adornar las cosas con ese novísimo significado, puesto que el auténtico y preciso era de por sí muy valioso. La casa lindaba con la historia. Grandes episodios se habían desarrollado a su lado y la habían envuelto, no ya de una manera pasiva, sino activa también. En sus hospitalarias salas se refugiaron infinidad de ciudadanos que habían ido a votar a la Matriz, en aquel 10 de enero, y que atacados y dispersados por los elementos enviados allí para impedir el libre sufragio, tuvieron que guarecerse en aquella casa, cuya puerta –como se ha dicho– era la única que permanecía abierta en las horas de más peligro, siempre pronta a dar asilo. Por eso, tal vez, cuando el gobernante paseaba por la ciudad, cubierto con la larga capa negra, seguido de numeroso séquito, que desde lejos se anunciaba por el retumbar de las botas sobre las piedras y el metálico tintineo de las espuelas, al pasar bajo el balcón, casi siempre lleno de gente, sin mirar, se descubría, aunque sabiendo probablemente que no se contestaba a su saludo.

Y luego, más tarde, fue allí donde se refugió Acevedo Díaz al ser perseguido por los esbirros de una dictadura, y de cuyo asilo salió con la cabeza empolvada y vistiendo uniforme de marino español, acompañado del comandante de la fragata "Narváez", y de algunos marinos de la nave, que le ayudaron a burlar la vigilancia de los guardias apostados cerca de la puerta de la calle.

Un tiempo después, el primer barco de guerra nacional, construido en la Escuela de Artes y Oficios, estuvo tres días detenido frente a la casa, obstruyendo la puerta, con la cubierta a nivel de los balcones, como anclado, en ese primer viaje que hiciera por tierra para ser botado a la bahía. Y, desde las ventanas, matronas y patriotas arrojaron flores sobre el féretro de Artigas al ser repatriados sus restos. Y en el escritorio austero y señorial, los hombres públicos de toda una época, pertene-

cientes a las dos márgenes del Plata, se reunieron para estudiar y discutir los más importantes problemas políticos.

— 4 —

Pero junto a estos episodios se sucedían románticos idilios y fastuosas fiestas cuyos relatos yo recogía embelesada y sorprendida. Supe así también la faz amable de las cosas. Oí decir que uno de los abanicos de la vitrina tenía escrito del otro lado, un poema, que era una declaración de amor; que la rotura del cristal de la miniatura de Elisa Maturana se conservaba a pesar de que con ello se perjudicaba la estética de la pequeña obra de arte, porque Juan Carlos Gómez, enamorado de la mujer del retrato, lo guardó siempre así, hasta la hora de su muerte, porque, era como ella se lo había entregado; y se me dijo que la niña de blanco que aparecía en el cuadro con un ramo de flores llevaba un corderito en los brazos, que De Martino se había apresurado a borrar, porque una de mis tías, a la que dedicara la obra, no encontró poética aquella carga... Anécdotas y episodios, personajes de alcurnia, mujeres hermosas, máscaras y trajes, y los bailes de los lunes, las reuniones políticas, conspiraciones y amor pasaban ante mis ojos maravillados. Aquello ya formaba parte de la casa; era como su tesoro, y yo volvía a repasarlo como un avaro sus joyeles, al pasearme sola por los grandes aposentos sombríos y lujosos, calladamente lujosos, con sus ricas alfombras y sus cortinados que apagaban la voz.

Pero era innecesario que la voz se apagara donde nadie hablaba fuerte, ni despacio ni quizá de ninguna manera. Y esto daba a aquellos salones, evocadores y ricos como los de un museo, un tono de realidad lejanísima.

Se estaba entre cosas vivas y estáticas, entre cosas que ya habían vivido y no podían vivir sino lo mismo que habían vivido. Por eso estaba todo igual y quieto como una casa deshabitada.

— 5 —

Yo no me preguntaba por qué estaba todo como fuera del tiempo. Lo encontraba natural, probablemente porque me complacían esas disposiciones permanentes de casa tan señorialmente silenciosa, así como sus costumbres estáticas y mudas. Me encontraba a mi gusto en aquella casa paralizada, con sus pretéritos hábitos, con Blas, el viejo cocinero de gorro blanco y bigotes blancos, que preparaba los mismos platos a las mismas horas desde hacía años y lustros, sin poder establecer una variante ni ocurrírsele siquiera una nueva salsa. Porque nada podía dejar de ser igual a antes, igual a siempre. Y los sirvientes envejecían así en la casa y con la casa y los amos y los muebles: y no había órdenes que dar, ni que recibir, porque todo estaba dicho desde siempre...

Cuando yo conocí la casa, ésta vivía ya de recuerdos. Era casi un reposo entre dos tiempos, sin nada que añadir, sin nada que suprimir, como un convento con su campana que a las once daba la hora del almuerzo desde tiempo inmemorial. Entré a ella cuando las sombras presurosas de los comensales llegaban sin demoras, porque el viejo rito de la casa no admitía excusas ni retardos, como en un convento. Y me vi y seguí viéndome entre ellas, en el ceremonioso comedor de maderas negras y muebles altos y tallados de sacristía renacentista. Me sentía y estaba entre las sombras en el gran comedor, con su amplia estufa y el espejo coronado con una

cabeza de ciervo, y, en un rincón, el imponente sofá de *reps* verde imperio de mi abuela, en el que águilas talladas hacían de mangos con sus alas abiertas. Y dejé de verme frente a la mesa blanca y estirada, severamente tendida y servida, donde habrían estado cómodos doce o catorce comensales, y tres o cuatro y yo quedábamos holgadamente separados.

— 6 —

Lo que me intimidaba allí era, sin embargo, la presencia de mi abuela, ante la que nunca supe qué hacer ni cómo estar. Comía o no comía, sin saberlo, sin hablar, sin oír, probablemente sin que nadie advirtiera mi huidiza presencia. Y no levantaba los ojos para no tener que mirar, ni que mirarla. Pero mi abuela no me hablaba jamás, aunque si me hubiera dirigido la palabra no habría podido contestarle.

Era aún entonces una mujer de notable hermosura. De tarde salía en su coche, un lujoso cupé forrado de raso azul, como un estuche de alhajas. Nunca la vi sino ataviada con riqueza y suntuosidad. Llevaba largos vestidos de terciopelos o de sedas joyantes y sonorosas, siempre negros, adornados de canutillo, capas de Chantilly, manguitos de pieles, mitones de seda que dejaban ver los solitarios de brillantes y las esmeraldas de los anillos, y en la bata, constantemente prendido, un magnífico y luminoso broche con diez diamantes ovalados. Tenía los ojos claros y dulces, aunque no me miraban; su cabello era rojizo, de un maravilloso oro bronceado y rojizo. Pero ¿realmente vi su cabellera, o así la imaginaba sin atreverme a mirarla? No podría decirlo aunque sé que el deslumbramiento era lo que me obligaba a bajar los ojos y lo que me hacía querer borrarme en los rinco-

nes y desear hundirme en el piso. Y me sentía mejor, cuando sola ya, me encontraba dueña de la casa.

Recién entonces mi timidez era menos violenta y me encontraba más libre en mis acciones. Visitaba a mis tías, separadamente, para hablar con cada una de ellas de las curiosidades de la casa, a fin de que me repitieran lo que deseaba siempre volver a saber. Y abría y revolvía las cosas secretas, pero no con traviesas intenciones, sino para desmallar el silencio que pesaba sobre ellas. Y miraba los álbumes de retratos, rojos y azules, con sus broches de plata, y abría las cajas de nácar y de ébano y los cajones de las cómodas y de los armarios. Era la hora en que de nuevo empezaba para mí el día. Respiraba el aire del patio, fresco como un jardín, tapizado de hierba, con dos árboles plantados en tinas, que abrían sus copas más allá del segundo piso. Entraba en el cuarto de pintura, ordenado y abandonado como el escritorio, pero pequeño y claro, que estaba empotrado en mitad de las escaleras, y donde sabía que iba a tropezar con manos y cabezas de yeso, que me asustaban y me atraían. Pero lo que prefería era poder subir y bajar libremente aquellos tres pisos de escaleras de hierro, semejantes a las de un barco, y como éstas, tendidas al sol y al viento... Y luego, más furtivamente, la otra, la que se escondía con disimulo en la pared del comedor, y cuya clave pensaba que no todos conocían.

— 7 —

Pero ¿no había ido a visitar la casa? Nunca hubiera podido pensar otra cosa. Ni creo que nadie haya tomado aquellas apariciones ingenuas y sonambulescas sino por peregrinajes. Iba a ver, iba a oir, iba a sentir el hipnótico fervor que me hacía enmudecer, y, sobre todo, a

para algunas horas de nebulosa fantasía, desceñida de la verdad. Era una visita de observación y de conjeturas cuando no retrospectiva y de meditación. Acercaba el ojo a la ventana del cuarto de pintura, descubría desde el mirador que eran enanos los árboles del patio y bajas las torres de la iglesia; mezclaba, como en una caja de música, los ruidos de la calle, vibrantes y claros, con los susurrantes ruidos de la casa, y soñaba y veía cosas lejanas y cercanas: los veleros distantes y los claveles de aire de los balcones interiores, y la primavera de éstos y el invierno permanente de las salas, mezclándolo todo hasta confundirlo totalmente.

. . . .

Luego dejé de ver la casa. Habían sucedido ya cosas ingratas y graves. Mi abuela, tan majestuosamente rubia y tan suavemente distante había muerto. Mis tías también, y con ellas los hábitos y los viejos cuentos. Y murieron los sirvientes severos, que fueron a ocupar, uno a uno, sus sitios en el panteón de los servidores de la familia. La casa tenía otros dueños, pero yo seguía viéndola como la había visto. Seguí contemplándola sin verla y sin precisar mirarla, porque para mí se mantenía consultada y silenciosa como antes.

Pero con estupor observé un día que la puerta no estaba. Largas vidrieras formaban ahora una fila ininterrumpida. Y ellas habían quitado su sitio a la puerta, pero solamente a ésta, porque la casa debía conservarse, desde que sus balcones permanecían como antes, como siempre, asomados a la calle. Desde entonces pasaba de prisa frente a los escaparates vistosos que habían despojado a la casa de todo su carácter, al suprimir el zaguán de un rojo pompeyano, con su farol de larguísimos caireles y la puerta ancha y esculpida como la de una catedral.

Luego pasó de nuevo el tiempo, y con él hechos y episodios memorables y luctuosos. Ahora, únicamente yo podía recordar la casa, pero no la recordaba. Se había

vuelto una cosa pequeñísima, que no ocupaba sitio alguno en mi memoria. Las cortezas frescas de emociones más recientes la habían borrado totalmente y había desaparecido como la puerta empujada por las vidrieras. Cosas angulosas y punzantes, briosas y fuertes quitaron la gracia a aquel momento estancado, en el que se mezclaban una aurora de ilusiones y un crepúsculo de recuerdos. Realidades candentes hicieron palidecer aquel milagroso prestigio que se esfumaba como sueño.

— 8 —

¿Cómo resonó de nuevo el indolente recuerdo en mi memoria, si yo tampoco era ya la misma? Mi personalidad también se había transformado, y acaso estaba identificada con otras, a las que debía representar, ajustada a las evoluciones del tiempo. Una realidad triste y viva me rodeaba. Y lo lejano y lo cercano se confundían de nuevo, como antes, pero con despiadada crueldad.

Era una mañana de lluvia torrencial que calaba mis ropas y lastimaba mi cara con sus agujas frías. Me guarecí en un espacio, entre dos vidrieras, casi sin saber dónde, ni cómo. El sitio era sólo una pausa. Vi juguetes. Y como gracia repentina, pensé que debía hacer un regalo.

—Preciso una muñeca, —dije.

Pero ante las que se me mostraron respondía:

—No, ésta no, esa no, ni aquélla, no, no...

—¿Y ésta?

—Tampoco.

La vendedora insistía. Pero era inútil que se afanara en mostrarme otras, que me presentase cada vez una más bella, más rubia, de pestañas más largas... Los escaparates habían sido divididos como por una absurda

fatalidad entre lo que podía comprar y lo que no hubiera podido elegir. Pero ella, sin percibir el insoluble problema, insistía conmovedoramente suave:

—Hay más, muchas más... Y hay muchas otras cosas. Tiene que encontrar algo que le guste. ¿Y éste?

—No, no, no, —era ya un casi estribillo en mi boca.

—Entonces podemos ir arriba, —acertó a decirme como en un último esfuerzo para conformarme.

—No puedo, —le contesté con voz desmayada de cansancio y desánimo. No podría subir una escalera.

Pero ella, que no se descorazonaba ante la clientela incómoda y desconforme, argumentaba:

—No hay escalera. Vamos en ascensor. Y estoy segura que arriba va a encontrar lo que quiere...

—¿No hay escalera? ¿Cómo? ¿Puede no haber escalera?

Entonces, como súbito relámpago pasó por mi mente la visión de la vieja casa, iluminando de pasado el presente. Y comprendí que, sin darme cuenta estaba en el sitio de la casa de mi abuela, acaso en el arranque mismo de la escalera desaparecida, por lo cual la breve ascensión fue como un retroceso en el tiempo. ¿Para qué había subido? Ya no podía saberlo, y mientras la voz de la vendedora me guiaba hacia los juguetes, sin mirarlos le respondía:

—¡No, no, no!

— 9 —

En medio del salón había encontrado clavada, como una muralla salvada del naufragio de las cosas, la baranda de la escalera de la vieja casa. Estaba frente a las negras espadas perpendiculares, y frente a la bola dorada, a la bola de bronce y sol que la remataba. Ya no

podía ver juguetes ni pensar que había subido para verlos, ni podía explicarme aquello ni explicárselo a la desolada vendedora, para quien mis palabras dejaban de tener sentido. Entre ese mar de porcelanas y barnices, de ojos de vidrio y formas de animales, de colores vistosos y cajas abiertas había descubierto la casa de mi abuela. ¿Soñaba? Volvían a confundirse lo lejano y lo cercano. Y entré en el escritorio... porque evidentemente aquel espacio era el escritorio. Tenía altos estantes alrededor de las paredes, como antes, y estaba oscuro como antes. Pero ¡los libros habían sido reemplazados por muebles para casas de muñecas! Salas, comedores, cocinas llenaban el escritorio tan severo, en el que una luz encendida dejaba ver los novísimos objetos, fríos de nuevos, objetos todavía sin historia, y que se podían tocar. Pasé a la sala, separada de la antesala, como siempre, por una mampara de altísimos cristales. Y encontré soldados, con los uniformes rojos y azules de antes, iguales a los de los tiempos heroicos, llevando las bayonetas caladas pero con sus tambores ahora silenciosos. Reconocí el comedor, que pude identificar por un pedazo del viejo *parquet*, entre cajones de flamantes automóviles, que habían sustituido a los muebles de maderas labradas y negras. Y vi el patio sin árboles, y la puerta del cuarto de mi abuela, con una luz... Pero no pude ver más. La casa aparecía y desaparecía, la encontraba y la volvía a perder; las cosas estaban y no estaban. Era un incendio de juguetes el que la había destruido. Llamaradas de chucherías habían invadido todo, adheridas a las paredes, como la hiedra del patio. Como en un juego, como en una farsa, las muñecas se habían convertido en dueñas de la mansión encantada, como yo, cuando salía mi abuela. Fueron las que recibieron su herencia.

Ahora son ellas las que suben las escaleras de hierro, peligrosas y tentadoras, como las de un barco, y la escalera secreta, igual que la de un palacio medioeval.

Y encenderán las bujías, y abrirán el gran piano y los libros, de lomos costosamente dorados... Yo estaba perpleja y ellas sonreían. Como en una farsa... como en un juego... Sonreían la javanesa, de dientes blanquísimos, la pomposa castellana vestida de brocado, la bañista, la que llevaba el morrión, y todas... Sonreían todas, animadas y quietas, como las viejas cosas hieráticas, vivas e inmóviles como los muebles, como los cuadros, como los espejos, viviendo probablemente también el embrujo de la casa.

aquel cumpleaños

Aquel cumpleaños, el primero que sentí llegar, fue decepcionante, casi diría trágico.

Sin embargo, cuando entreabrí las pestañas, todavía perezosas, vi en mi almohada una muñeca rubia como la miel, con zapatos bronceados. Y mi madre me dijo:

—Es tuya.

Por lo cual ya fue como si siempre hubiera sido mía.

Radiante, yo la llevaba en mis brazos. Pesaba igual que una niña y era regalo como para estar contenta. La besé. La mimé. Hasta que mi aya, sin darse cuenta, dijo:

—Se la regalaron porque hoy cumple cuatro años.

Era simple y tremendo. Pero para ella fue solamente simple.

—¡Cómo! ¿Yo no tengo ya tres años?..

Debí parecer asustada, y mi pequeña tragedia hizo reír alrededor mío.

—No. Ya no tienes tres años, y nunca más vas a tener tres años. Después tendrás cinco, seis...

Los sollozos empezaron a ahogarme. Tenía una gran tristeza. Alguien pasó junto a mí, sin detenerse, y preguntó:

—¿Ya se te rompió la muñeca?

No. Los ojos de porcelana celeste todavía me miraban... Pero ¿para qué la habían traído si por su culpa sabía ahora cosas tan tristes? No podía decir en verdad, que no me gustara, sólo que precisaba llorar. Y la dejé caer para poder llorar.

—No llores; te vamos a comprar otra que no se rompa nunca...

Pero hablaban así porque ninguno había visto que yo lloraba ya antes de que se quebrara. ¿Por qué razón me entristecía al saber que tenía un año más? No sé. Tal vez era que algo así como una voz gris, extremadamente gris, hecha de todo lo incoloro del mundo, me decía, sin que yo la comprendiera, que en la existencia, que recién se abría para mí como una rosa, no sólo se rompían las muñecas.

mi madrina

Cuando yo tenía una madrina, ella me quería, y me esperaba todas las tardes ante su ventana para mirar la calle. Y aunque era aburrido, me gustaba estar allí aburriéndome. ¿No hubiera sido mejor correr por la vereda con los otros niños, o ir a la plaza, con mi vestido de muselina blanca?

Tal vez no. Porque aquella ventana tenía un extraño, quieto encanto que me fascinaba, y no habría querido irme nunca, si mi padre no se hubiera presentado cada tarde a buscarme.

Aún no sé el por qué de aquella atracción. No era porque me diera ambrosía, ni porque pusiera en mi brazo una pulsera de perlas, o en mi cuello un medallón de coral, que tan pronto olvidaba, ni porque me regalase un abanico de alas celestes, o de encaje blanco, ni porque ella fuera bella como un hada, pues aún la veo con sus ojos color de ceniza, desteñidos y gastados, con la cara como un pergamino, con su cofia blanca y rígida de almidón, y vestidos de colores neutros, como los de una hermana de caridad, cerrados hasta el cuello con botones forrados. Llevaba ásperas telas, gruesas y fruncidas, y sus faldas llegaban al suelo.

Pero me hablaba con palabras dulces y como fatigadas, porque, aunque decían que era andaluza, tal vez ya no lo fuera cuando yo la conocí. Me gustaba asimismo estar a su lado ante la ventana de cortinas de púrpura, en aquella sala con olor a benjuí, las dos calladas, o escuchando cosas que yo no entendía.

O tal vez fuera todas las tardes, porque la quería...

el teatro

Aún me acuerdo de qué modo me deslumbró el teatro y cómo desde aquel instante dije que sería artista.

Me gustó, sobre todo, la sala, con sus palcos dorados, con sus luces, con sus aplausos, y también poder llevar aquel cuello de encaje que mi madre me había hecho con su abanico de novia... y además, salir de noche. Me deleitó la música, y oir cantar, y el hecho de pensar que podía estar allí también cantando, con un mantón de Manila y flores en la cabeza.

Sin embargo, cuando al día siguiente expliqué a mis hermanos qué era un teatro, y mientras sus preguntas se atropellaban y mis respuestas se enredaban, ninguno entendió nada. No creyeron que podía haber balcones que miraran para adentro, ni que llegaran hasta el techo, ni que la gente estuviera aplaudiendo en vez de dormir. Y sin poder convencerlos, les dije:

—Es muy lindo el teatro. Y yo voy a ser artista.

—No digas esas cosas, —replicó mi aya—. Que no te oiga tu madre. Una niña no puede ser artista.

Pero yo lo sería. ¿Acaso era malo cantar?

—Me pondré un traje largo y un mantón chinesco. Me peinaré hacia arriba y adornaré con flores mis rulos rubios.

Debía parecer loca.

—¿Acaso eres rubia?, —me preguntaron.

Pero no me importaba. Y canté y bailé con mi vestido escocés y con mis cabellos oscuros, que para mí eran rubios. Y fui felíz. Y lo hubiera seguido siendo, hasta que vi que mi padre, asomado a la puerta, se reía de mí.

—¡Cómo desentona esta criatura! ¡Nunca podrá cantar!, exclamó.

Y yo estaba sólo ensayando... Pero no volví a ensayar, ni canté nunca más, ni nunca me animé a decir que iba a ser artista...

un poco de felicida

Dijeron que iba a haber corso... Y se oyeron los pri-meros mandolinos. Yo estaba ya pronta con mi traje d raso blanco y mi cara de raso negro.

Los arcos de gas empezaban a encenderse, de a uno, azules y blancos, en el Cabildo, en la calle y en la plaza. Y por encima de la baranda del balcón veíamos veni los caballos grises que anunciaban el corso. Y todo se llenó de gritos y saludos, cuando pasaron los carros de las pastoras, llenos de espigas y el de los muchachos que por unas horas iban a ser príncipes.

—¿Me conoces? ¿Me conoces?

Todos iban haciendo la misma pregunta, pero nadie conocía a nadie, ni se veían las caras, ni éstas importa-ban, porque para todos era ya como si no hubiera caras. ¿Para qué iban a verlas, si estaban alegres porque no se reconocían y al no conocerse se creían amigos?

Las caras de cartón, horribles, y las caras de terciope-lo se miraban y se hablaban. Los del infierno asustaban a las estrellas, pero las estrellas les tiraban flores. ¿Será también así, más allá de todas las cosas, donde los infier-nos y las estrellas se encuentran?

Blancos de albayalde, los payasos, con su blancura se

te, pasaban ofreciendo confites a las gallegas de las panderetas. Yo tiré mi bolsa de papelitos sobre el carro de las rosas, como un rocío de colores.

Pero la fiesta era abajo, entre ellos, y no me miraban, ni vieron mis papelitos, si supieron que yo les gritaba "adiós".

—¿Volveremos mañana?...

¿No habíamos esperado durante meses, o días, no sé, esta felicidad, cortando papelitos?

—¡Cómo! ¿Ya mañana es día de ceniza?

el motí

—Hay que levantarse, —dijeron.

Y aún no era día, y un alba gris entraba por los vidrios. Tal vez llovía, porque se escuchaban como truenos... Pero supimos que eran cañonazos.

Hasta ese momento no conocía sino una guerra narrada, que no se veía ni llegaba a las casas, y ahora era cañonazos espaciados y sordos, que no se comprendían pero que apretaban la garganta.

—Que los niños bajen al otro piso, —habían ordenad

Y bajamos a una casa vacía como un refugio, com una gruta; sombría, húmeda, sin muebles, y nos sentamos en el suelo sucio para esperar.

Nos explicaron que el piso alto sobresalía en la ciudad chata, y que los artilleros podían apuntar allí, porque desde ella también era posible combatir, contesta o en fin, hacer la guerra a los que la hacían.

Por eso tuvimos que esperar hasta la noche, a oscuras, en un aire irrespirable, con las puertas cerradas, divertidos, sin embargo, en contar los cañonazos.

—Deben haberse acabado las balas, —pudimos deci al fin.

¿Se habría concluido todo?

—¡Ya no pueden matarnos! —exclamamos, al subir triunfantes—. ¡No pudieron deshacernos la casa!

La lucha dentro de la ciudad nos había dado ese nuevo, mezquino punto de vista, que no habíamos descubierto en la guerra anterior.

Pero al fin fue fatigoso pasar un día entero sin moverse, y solamente escuchando, solamente esperando que nos mataran.

el retrato

Me gustaba sentarme al lado de mi tía, que tenía las manos blancas y un anillo con una gran piedra negra. Pero ella debía creer que yo me aburría, porque me decía siempre:

—¿Por qué no vas a la sala a mirar los retratos?

No era la sala de la casa de un fotógrafo, y sin embargo tenía las paredes cubiertas de retratos de primos y primas, y de hermanos, y de tíos, y de abuelos, y tal vez de amigos. Algunas señoritas llevaban moñas o rosas en los hombros y parecían figuras de mármol sobre fondo oscuro; otras eran fotografías desteñidas, pero también con sus marcos dorados o sus marcos negros. Las repasaba cada vez como si nunca las hubiera visto. Las barandas fotografiadas en los retratos eran casi siempre iguales, y los hombres y las mujeres se recostaban en ellas, entre cortinas con bolitas... Y volvía a mirar las sombrillas de encaje, y los abanicos, y los sombreros dejados descuidadamente en las sillas. Tenían vestidos llenos de voladitos, de puntillas, de cintas y prendedores en forma de luna; y los señores llevaban bigotes retorcidos y pantalones a cuadritos. Pero yo adoraba entre to-

dos los retratos, el de una pequeña prima mía que estaba dando de comer a las gallinas.

—Faltas tú, —me dijo mi tía—. Voy a llevarte a un fotógrafo para darle una sorpresa a tu madre.

Y fuimos. Por eso, el día del cumpleaños de mi madre llevó un paquete atado con una cinta. Eran mis retratos.

Yo estaba con un traje oscuro y la cara seria.

—¿Por qué no me habré sonreido?, —pensaba al mirarme.

¿Así era yo? Con un lápiz pinté de rosado la cara del retrato, le puse los ojos azules y el traje rojo. Pero no quedé muy linda... Y entonces, un día le pegué otra cara.

Lástima que cuando iba a casa de mi tía, estaba con el rostro serio, porque nunca me animé a decirle que se la cambiara. Podría haberse resentido.

nochebuena

Tal vez para mí era como la primera Nochebuena. La Catedral estaba dorada de velas, con púrpura en los pilares y voces de órgano. Y en los reclinatorios, sobre las losas, había una piedad que me maravillaba. A modo de sauces caían sobre los libros las plumas de los sombreros, y sobre las frentes en oración, las sombras de los velos. Bajo un arco, mi madre estaba de rodillas, orando, y yo junto a ella, oyendo las voces del coro y las voces del altar.

De pronto rompió aquella religiosidad un grito impío, para crear confusión: "¡Fuego!". La indigna voz repercutió en la cúpula, invadió las naves, llegó hasta los bancos, recogida con espanto por los oídos incrédulos y también por los oídos llenos de fe. Y la multitud despavorida, sin saber qué hacía, buscó la salvación corriendo hacia la calle y empujándose en las puertas... Los pasos desesperados producían un ruido como de patines, y un oleaje de voces sollozantes, que se acercaba, que se alejaba y me iba oprimiendo.

Se escuchaban algunas palabras de calma, pero nadie quería atenderlas. Sin embargo, mi madre me arrastró hacia el altar de la Virgen de las Mercedes y cayendo

de hinojos detrás de la baranda, me dijo imperativamente:

—¡Reza!

No podía dejar de preguntarme si el fuego llegaría hasta nosotras. Y sin embargo, mientras todos se iban, ella y yo nos quedamos rezando.

amanecer

El horizonte rojo preparaba la noche y sin embargo derramaba para mí un alba de ternura en la soledad de las praderas de enfrente, en el aire del camino de piedras, hasta en la cara de los que pasaban y sobre la poesía de mis lecturas. Yo respiraba la vida entre las hiedras del cerco, sin traspasar las rejas de la quinta, todavía como fuera de las cosas, con mi vestido negro y mi cabello apretado en trenzas.

Sin embargo, mis venas jóvenes empezaban a latir con las ilusiones del mundo.

Acaso el mundo fuera una fiesta.

Y mis ojos bebían aquellas horas frescas que me presentaban su gracia, en la belleza de la juventud recién encontrada.

Pero estaba sola detrás de la reja.

Sentía, así, como una lección de felicidad, el paseo de cinco hermanas que, enlazadas las manos, o los brazos en los brazos, caminaban tarde a tarde, a la hora clara, bajo los paraísos florecidos, mirándome hasta alejarse y sonriéndome desde que llegaban. Pasaban vestidas de terciopelo, en otoño, en verano, en primavera, rubias las cinco, con las miradas dulces, con las sonrisas que se

abrían cual inocentes flores, con los cabellos como un milagro de sol; una, pálida como los trigales; otra, de un oro ardiente; la tercera, de un rubio cobre; aquélla, más cerca del ámbar, alguna, casi con la tonalidad del fuego.

Las esperaba como si fueran a detenerse. Hubiera querido hablarles, pero estaba entre las hiedras, con mi vestido negro y el cabello en trenzas.

Veía el terciopelo violeta junto al morado, y el castaño entre el rico color de las aljabas y el tono tierno de las hojas secas, y a ellas, enlazadas como si fueran un mural vivo.

Debían llegar así hasta una casa en ruinas, llena de grietas, temblorosa de hojas, con el portón cerrado con cadenas, las ventanas con postigos cerrados, el jardín sin flores, como si nadie viviera, sin que se oyera una voz; su aparición se hacía casi un misterio. ¿Eran hadas? No sé. Pero me dieron la visión de un mundo que no conocía, pero que empezaba acaso a existir bajo los paraísos florecidos.

mis vecinas

Jamás, pues, conocí a mis vecinas. Tenían mi edad, unas más, otras menos y hubieran podido ser mis amigas. Las oía jugar y reir a través del cerco, cuando se llamaban unas a otras, corriendo. Conocía así sus nombres y sus voces. Pero yo sólo recogía heliotropos y madreselvas, sin tener de qué reír.

A veces me llamaban y me pedían que me acercara para verme. Pero no contestaba, aunque me hubiera gustado jugar con ellas. ¿Qué timidez terrible me inhibía siempre, siempre, de hacer lo que era mi deseo?

Y a ocasiones, también, ante mi silencio, ante mi mutismo, venían a casa a buscarme. Podía asimismo haberme encontrado con ellas, así, de repente, sin pensar más, y jugar ya todos los días. Sin embargo me escondía detrás de las puertas y me tapaba la cara con las manos, avergonzada de haberme escondido, de no haber contestado, de no poder jugar, y lloraba desconsoladamente. ¿Cómo volvían? ¿Querían jugar conmigo a pesar de mi actitud huraña? ¿Iban a reirse de mí?

Pero en verdad me hablaban suavemente, como para

convencerme, como para que fuésemos amigas. ¿No veían que no podía hablarles, que no podía ni siquiera mirarlas?

¿Y que para siempre podría solamente seguir juntando madreselvas y heliotropos?

mi partida

– 1 –

He adorado siempre la apacible monotonía de esos días iguales, como medidos por un reloj de arena, la vida plena y suave, sin turbulencias, sin sorpresas, sin brillo, casi contemplativa, y no hubiera querido quebrar nunca la armonía que se hacía entonces entre el sosiego que me rodeaba y mi espíritu, incansable ante el indefinido repetir de las cosas que dibujaban sus mismos motivos, como un precioso encaje.

Pero una vez, al entrar en mi cuarto, lo hallé todo revuelto. Y mi madre, que preparaba apresuradamente una valija, me dijo:

—Esta noche vas a embarcarte para Buenos Aires...

En mi felicidad sin planes no estaba previsto ese viaje. Pero mis padres lo habían resuelto y tenía que irme con dos señoras, amigas de mi madre, a quienes no conocía. Nadie esperó que yo protestara, ni importó saber si estaba o no contenta.

Y cuando llegó la noche y subí al barco, una tristeza diluída, como luz de invierno, me hacía desear el retor-

no a tierra, una tristeza que partía de mí, pero que parecía penetrar en todas las cosas y darles algo de mi alma.

¿Por qué me iba? Sólo sabía que asistía al doloroso adiós de los pañuelos, como si a la melancolía le hubieran nacido pequeñas alas blancas. Luego vi alargarse las rayas de luz entre el muelle y nosotras y hacerse débiles las calles; y la ciudad, ya sin torres, sin casas, se iba desvaneciendo como en una burla, convirtiéndose en un sueño de niebla, o en un cuadro borrado por el tiempo, hasta que al fin fue una cinta de lentejuelas que por momentos se hundía en la oscuridad.

En el salón, un pájaro, mi compañero de infortunio, como yo viajero involuntario, cantaba su tristeza mientras entraba en la penosa lejanía, con la jaula abanicándose en el aire.

Le tuve lástima porque ese pájaro era yo misma.

— 2 —

Con los ojos del corazón contemplaba a los viajeros, que pasaban sin mirarme, que permanecían indiferentes a las sacudidas del viento y que bebían y conversaban en medio de su mundo feliz. Cierto es que ellos estaban allí siguiendo quizás su voluntad, mientras que yo no entendía por qué tenía que viajar. Y así seguí a las dos señoras hasta los camarotes, sin pronunciar una sola palabra, ya que las preguntas las hacía para mí misma y las respuestas eran mis propios silencios.

Pero se había levantado una tormenta; en los camarotes, el viento hacía crujir las maderas; las olas, como con enojo, golpeaban el casco; y la hélice, con un ruido ensordecedor, parecía romperse. Pensé que no había salvación.

Yo sabía que la tormenta se iba a desencadenar p que en la Universidad habían encendido el farol rojo; vi bien claro cuando me encaminé al puerto. Ahora, d sesperadamente me acordaba de mi casa entre los á boles, de mi madre siempre tan serena, de los días vi dos, que se habían desenvuelto como una guirnalda d paz. Y entre tanto, el barco iba peligrosamente inclinán dose.

Entonces, la más anciana de las dos señoras emp a pasar por sus dedos las cuentas de un rosario... Y otra, sin saber qué hacer, quiso hablarme de simple para tranquilizarme.

—Mañana... —llegó a decirme.

Pero su voz me aterró más, porque parecía pronunc una palabra sin sentido, ¿Por qué decía mañana?

Rompí a llorar sin consuelo. Porque esa palabra e casi siempre llena de ensueño, de poesía, de luz, de peranza, de vida bulliciosa, como de mundos que se f man y ¡qué vacía de claridades, qué hueca de sonid qué desnuda de perfumes está cuando la escucha el q cree que ella ya no existe!

deslumbramiento

Mi "antes" se había desvanecido y con él la niña demasiado tímida y hasta tonta con que me retrataba a mí misma en el fondo de mi ser. Ahora me miraba en un espejo como si nunca me hubiera visto. Si una mariposa pudiera pensar, se asombraría de verse con alas.

Contemplaba mis rulos rubios, mis largos pendientes de diamantes, mi vestido de seda color turmalina, amplio y gracioso, como los que muestran las figuras de fines de la época romántica.

Y sin embargo habían pasado sólo unas semanas.

Ya no era aquella criatura soñadora que miraba el camino de piedras detrás de la reja. Había entrado en el mundo y al fin su fiesta dejaba de significar un mero goce contemplativo. Rodeada de tíos y tías, primos y primas, la que me ataviaba ponía en mi cabello las últimas rosas, mientras me daban las lecciones finales de sociabilidad.

Había vivido hasta entonces en un casi ininterrumpido retiro, como de novicia, cual si nunca fuera a traspasar el umbral de un salón. No tenía amigas, no me había presentado nunca ni siquiera en la sala de mi madre.

Y sin haber recibido aún ni un elogio, ni un cumpl
trivial, me preguntaba:

—¿Seré fea? ¿Seré tonta?

Y ahora, cuando yo ya no era yo, una de mis prim
sacándose del cuello su collar de perlas, me lo puso
ciéndome:

—Estás preciosa.

¡Qué palabra más trivial, más simple, más oída
alguna ocasión por cualquier mujer, hasta por la m
poco agraciada! Pero ¡qué maravillosamente suena cu
do se la escucha por primera vez! Y sobre todo, cuan
se ha creído ser fea hasta entonces... Poblé mi ima
nación con una alegría de cien colores, la llené de s
risas perfumadas, de fantasías que subían como esca
ras de música.

Antes del baile tuve que visitar a toda mi parent
Casas abiertas me esperaban, con los zaguanes encen
dos y la servidumbre a la puerta de la calle. Porque
era la pomposa costumbre. Subí mullidas escaleras, en
a salas aterciopeladas, con los braseros encendidos. Mi
tras las viejas damas me estudiaban con sus impertin
tes, escuchaba las alabanzas que me iban entusiasm
do y que cada vez me parecían más verdaderas.

Sentada en un "landó" forrado de raso celeste, co
mi capa, iba siguiendo las filas de cientos de coc
que lentamente se acercaban al palacio de Bunge-G
rrico, donde se celebraban las bodas de oro de los d
ños de casa. Y al llegar vi que todo era en verdad
mo un sueño: las salas, el jardín, la música, las flo
aquellas figuras sacadas como de los libros, con s
grandes miriñaques y los dos viejitos que se acordab
de su hora más feliz, él con un traje similar al que l
vara cincuenta años antes, color parque de otoño, y el
con la gracia de antes, vistiendo amplia falda de s
joyante, color hoja de laurel... Y él estaba casi ciego
ella casi sorda, o vice versa, como Madame Recamie

[illegible] en la hora de su declinación, pero asi-[illegible] viviendo las dulces ilusiones del recuerdo.

¿Soñaba? ¿Era yo la que danzaba en aquellos salones maravillosos y la que, cuando mi padre quiso que nos [illegible], despertó como de un sueño para pronunciar un "¿eh?" estupefacto? Sin embargo era la hora en que las campanas desentumecían el aire y las calles parecían [illegible] abrir sus ojos a la alborada. Y yo las miraba des-[illegible] y soñando.

La mujer que hoy soy, que lee y escribe, que se interesa por temas graves, se sonríe al recordar a aquella jovencita que fui, pero benévolamente no la ha arrojado del corazón. Y aquella adolescente que de pronto vio el mundo como hecho de vainas de luz, sin descubrir [illegible] sus sombras, me llena de una suave nostalgia, de una profunda indulgencia, de una frescura tierna como el roce de un bello abanico de plumas.

primaver

Mi recuerdo penetra en un tiempo en el que siemp
era primavera, aún con los campos despojados, aún e
en plena estación de las lluvias. Y sin embargo se d
tiene ahora en un instante en que realmente habían y
abierto las lilas. Una alegría diáfana llegaba hasta l
horizontes, manojos de rosas cubrían los cercos, la m
rosidad del aire había hecho replegar las velas en
mar, y nosotras, todas de cándidas muselinas blanca
lucíamos grandes sombreros de alas extendidas, que er
una ilusión de paja de arroz. Y así, con la primavera
el alma y en las cosas, subíamos a un buque escue
María Angélica, María Marta, María Sara, María Em
lia y yo, llevando nuestro entusiasmo en cascada de
sas a la severidad del sitio, sin querer comprender l
combinaciones sabiamente preparadas para las hostilid
des bélicas y tomando como un juego el manejo del
món, la exactitud de la brújula, el alcance de los cañ
nes y aquellas minucias que nos mostraban y que s
duda tendrían una importancia técnica que resbalab
ante nuestro ligero mirar.

Pero, asimismo, dos días después atravesaba los mu
lles cubiertos de alfombras rojas, del brazo de un vie

diplomático, incorporada, no sé por qué circunstancia última, a la comitiva oficial, para asistir a una fiesta que se daba a bordo en honor del Presidente de la República.

Subiría otra vez a las cubiertas, ahora embanderadas, charlaría de nuevo con los oficiales de la antevíspera, y ellos me obsequiarían medallas, abanicos y banderines para recuerdo de esa visita.

Como burlándose del agua y el viento, un pequeño barco, semejante a un juguete, nos acercaba al navío inmóvil, que volvía a dibujarse con sus mástiles de tinta sobre las gamas celestes del atardecer, cuya música nos había acompañado hasta tierra con los compases del tango interrumpido compases que nuestros oídos recibían en ráfagas cada vez más lejanas y que ahora parecían renacer, como si se juntaran la despedida y el recibimiento.

Y, ya cerca, vi que uno de los oficiales, de riguroso uniforme, se cuadraba como un autómata ante cada visitante.

—¿Me hará la venia?—, pensé al reconocerlo como a uno de aquellos con los que había bailado la antevíspera.

Pero sorpresivamente hizo más. Dejó su puesto, apartó con la mano al otro oficial compañero suyo que debía reemplazarlo y por la escalerilla me acompañó hasta arriba. Una orden seca, como rezongada, lo dejó de nuevo en su sitio haciendo la venia. Los demás oficiales reían.

—Van a arrestarlo hasta que levemos anclas —oí que alguien decía.

Pero en verdad no había de qué reír y yo estaba emocionada.

Cuando volví a pasar por su lado la noche era tan espléndida que las estrellas parecían tocar el agua. Le saludé apenada y él, sin moverse, me dijo ininteligibles y apresuradas palabras. Creo que eran las de una despedida para siempre.

Y no bajó a tierra ni nunca más le vi. Que me perdone el castigo, si tuve la culpa.

¿Por qué, entre tantos recuerdos, evoco éste, tan pálido, inconsistente y desteñido? ¿Quizá para endiosar la fragilidad de un instante caprichoso o el azar destrenzado de una posibilidad frustrada o para tratar de recordar un rostro desdibujado por el agua del tiempo? ¿Quise tal vez cantar la pequeña futilidad misteriosa, que nos cerca y se ríe de nosotros y a la que aceptamos sin comprender, o dorar una hora azul de mi existencia?

No lo sé. Ni yo mismo puedo decir por qué este recuerdo desmayado ha venido hasta mí, con pies de seda, a pedirme que no lo deje dentro de la sombra.

era dulce la tarde...

Era dulce la tarde y estaba llena de milagros. En aquel parque de diciembre, que habíamos recibido como un regalo por unas horas, un dormido palacio, semejante a una sombra antigua, albergue de los pájaros, con sus puertas cerradas, con sus ventanas sin fraternidad, introvertido como un filósofo o como un poeta, abandonado, al igual que el parque, señorial y fantasmagórico a un tiempo, atraía nuestra curiosidad interrogando. Y nos preguntábamos si guardaba una historia memorable o un sueño de amor.

Pero eso ¿qué importaba? Era dulce la tarde y estaba llena de milagros. Y nosotras, en bandadas, dábamos vueltas alrededor de aquel silencio, en ese parque sereno, de altos abetos azules, de pinos negros, de senderos hundidos bajo las malezas. Y con nuestra inconsciente juventud habíamos ido allí a preparar una fiesta.

¿Nos animaríamos a llenar de voces indiferentes aquel lugar sombrío, que era como un cementerio de viejas historias dormidas en el tiempo? Pero su belleza era tentadora. Pondríamos música en aquellas manchas de sol. Y un poco de frescura en su pasividad, y sería, acaso, un homenaje al recuerdo.

La verdad es que la tarde era dulce y estaba llena de milagros.

De pronto, entre los altos pastos se vieron luminosos los cauces del arroyo. Eran una invitación a la vida, y corrimos hacia esos sauces claros que anunciaban un panorama nuevo, donde un bote, amarrado a medias, ofrecía la atracción de los remos a mi espíritu inquieto, travieso como el de la ardilla o el del pájaro. Y sin pensarlo más, me introduje dentro del bote.

Pareció una imprudencia a mis amigas y los gritos de la orilla hicieron que, como un gato montés que saliera de entre las matas, un quinterillo, de un salto, estuviera junto a mí.

—Era mejor no haber subido —decía nerviosamente—. Era mejor quedarse en la orilla.

Tal vez su tardío consejo era prudente, pero yo estaba fascinada con el paisaje y le pedí que remara.

Parecía pesada el agua, de un verde maravilloso y violento y ahora se abría en ondas perezosas. ¡Había estado tanto tiempo inmóvil!

El buen quinterillo remaba y remaba y el bote entraba y salía de las grutas de follaje. Los remos se enredaban en las algas. Un silencio espeso, gomoso impregnaba todas las cosas. Ya no se oían los gritos en la orilla. El mundo parecía retroceder y alejarse. Anochecía, pero los flecos de los sauces que tocaban las aguas todavía tenían sol.

Era dulce la tarde y estaba llena de milagros.

—Aquí —me dijo de pronto mirándome con ojos serios— una vez aquí mismo... Pero mejor es no hablar... Usted tendría miedo.

Aún estaba dorado el paisaje, aunque los sauces ya no tenían sol. El quinterillo quiso dar vuelta. Era difícil dar vuelta. Y estábamos en el mismo sitio donde había que tener miedo. Lentamente nos acercamos a la orilla.

—¿Y esos silbidos? —pregunté—. ¿Vienen de los bordes silvestres? ¿Son víboras?

No contestó. Parecía enojado y le costaba remar. Cuando llegamos rezongó a modo de despedida:

—Nunca suba a un bote abandonado.

Pero yo me llevaba la poesía de aquel paisaje, paisaje que mis ojos habían recibido bajo un cielo que cantaba la alegría de vivir, la más gloriosa de todas las alegrías.

Aún era dulce la tarde y estaba llena de milagros.

un azar

Cuando iba a embarcarme, ya junto al transatlántico, alguien puso en mis manos las poesías de Musset y el poeta fue mi compañero de viaje. Así, después de traspasar las tormentas invernales de la partida, a la hora de los mares azules, buscaba la soledad de las cubiertas y soñaba con el libro sobre la falda y las poesías en el corazón.

Y cuando en la siesta los pasajeros se agrupaban para conversar, yo, que precisaba silencio, subía al puente de mando, a pesar de que estaba prohibido el acceso. Allí encontraba la paz que buscaba, sin una voz que profanara la belleza del libro, y era como una serenidad desvelada bajo el cielo transparente, frente a un mar de oro, que el sol rompía en mil espejos. Sólo se escuchaba el aleteo de los blancos toldos, y apagadamente los pasos del oficial de guardia, ajeno y lejano, con el espíritu puesto en los horizontes vacíos.

Pero un día sus ojos y los míos se encontraron. Era joven, pálido, rubio, con la mirada azul, y cumplía la aburrida misión de observar las lejanías.

Le tuve lástima. Y algún día le hablé. Pero comprendí que una severa consigna le prohibía responder y que

sus pasos no podían detenerse. Sin embargo, al estar cerca mío, me dijo algo en alemán. No supe qué. Tal vez me explicaba que no podía hablarme. Y un diálogo se estableció, en el cual cada uno supo sólo lo que decía, mientras él iba de babor a estribor y de estribor a babor, sin detenerse, hasta que un día el capitán subió la escalerilla con pasos de goma, como una sorpresa. ¿Había oído su voz o mi voz?

Cruzábamos entonces el mar sin brisas del trópico. Hacía ya dos semanas que navegábamos sin puertos; íbamos hacia el norte, y noche a noche las estrellas del sur se apagaban como velas.

Pero seguía leyendo durante aquellos mediodías en el puente. Y el capitán subía con frecuencia. Sin embargo, yo leía siempre en el mismo banco alejado, y los pasos no se detenían.

En uno de esos días tan llenos de infinito, el joven marino, hablándome en español, me mostró algo semejante a un cono de cristal en el horizonte, y me dijo que antes de la noche pasaríamos junto a Cabo Verde.

Bajé corriendo y la bella perspectiva entusiasmó a los viajeros, a los que el capitán encontró mirando con anteojos de largavista. Y éste comprendió que el oficial había roto la consigna del silencio.

Al día siguiente, un oficial rudo y distinto medía el puente. Me pareció un acto antipático y no subí más. Tampoco pude leer; en el barco no había sitio alguno de verdadero reposo. Y fueron ocho días sin poesía, escuchando trivialidades.

Asimismo el recuerdo del oficial se desvaneció. Allegábamos entonces a Boulogne sur Mer, y antes del alba vivíamos el ajetreo de los equipajes, frente a una ciudad que estaba aún entre brumas, con el cielo anacarado del despertar y el mar anacarado del recibimiento, cuando el oficial vino a despedirse de mí y a decirme que él también dejaba para siempre el transatlántico al llegar

a Hamburgo. Sin duda quiso que comprendiera que era por el injusto castigo.

El destino dispuso que aquél fuese el último viaje de la nave; cuando ésta regresaba al sur, naufragó en la costa portuguesa.

Aquel desastre me hizo pensar en el oficial que ella había dejado en tierra. Y él, sin duda, habrá tenido que decirse que yo decidí su suerte.

¡París!

¿Fue un milagro? ¡París! La promesa era un juego, hasta que la suerte, ese instante de luz, que a veces aparece, hizo verdad mi sueño. Y entré en la ciudad maravillosa con el entusiasmo de mis diez y ocho años. Hubiera besado sus piedras, me habría arrodillado ante sus estatuas. Las catedrales me parecían rincones del cielo. Pisaba el suelo de los palacios con la doble visión de la realidad y la historia; me extasiaba en los museos y con el movimiento de esas calles que siempre parecían de fiesta, con la gracia de los puentes sobre el río de los atardeceres, con aquellos castaños que se alzaban hasta las mansardas de las casas, con las fuentes de la plaza de la Concordia, con las volantas abiertas, en las que paseaban fascinantes mujeres, con los Campos Elíseos y el Arco del Triunfo. Miraba las cosas para siempre y pensaba que nunca más volvería a verlas. Todo se hacía así intenso y cobraba un tono brillante.

Estaba en la calle desde que abría los ojos, y seguía en la calle hasta con los ojos casi cerrados, sin verme, como una mujer sin cara, sin cuerpo, hipnotizada por una realidad más bella que la más bella fantasía.

Pero una mañana, en una esquina de las grandes ave-

nidas, mi madre advirtió que la gente se daba vuelta para mirarme y que desde los imperiales de los ómnibus muchos ojos estaban fijos en mí. Yo vestía un largo saco de seda blanca, comprado en Montevideo especialmente para el viaje, un modelo de suprema elegancia, según dijeron, y, confiada, lo usaba. Pero París, que no mira los kimonos de los chinos ni los turbantes de los indios, se escandalizó con el absurdo tapado que llevaba, fuera de moda. Mi madre, enseguida me llevó a una tienda, y en la misma vereda me hizo poner un traje de percal a rayas azules y blancas, que costó cuatro francos. No dije nada. No protesté. Desaparecí entre cientos de mujeres del pueblo que vestían así. Y como una criatura sin cuerpo, sin cara, seguí en el goce estético de lo que me rodeaba, ajena a mi persona. Había conseguido ser una figura invisible.

Inmóvil, ante el Chopin de mármol del Parque Monceau, mientras él creaba, yo, embelesada, creía escuchar sus sonatas; y me enternecían los niños de las Tullerías, que, en sus manos daban migas a las palomas; y luego admiraba la capillita santa, hecha como de sol y oía la misa de la Magdalena que dirigía Saint-Saëns, y hasta asistí a la ópera con mi vestido de cuatro francos, igual al de las modistillas que llevaban la caja de sombreros en el brazo, siempre con el goce de ese París que era como si existiera sólo para mí.

Pero un día fui a Auteuil, a las grandes carreras de obstáculos, a las carreras elegantes, vestida como siempre, dichosa e inconsciente a la vez. Las mujeres más bellas del mundo eran el espectáculo que se presentaba a los aficionados y a nosotros. Sobre la pista verde se destacaban las casaquillas de colores, y los caballos que saltaban las vallas y los fosos de agua, mientras aquellas mujeres, subidas en sillas, con anteojos de larga vista, parecían apasionarse con las pruebas y el público con ellas. Asediadas por los fotógrafos que debían enviar sus estampas a toda Europa, se movían con gracia, mientras

lucían sus vestidos de gruesa irlanda y sus capelinas de paja de Italia cubiertas de plumas blancas. Eran realmente como un milagro de belleza y de gracia.

Ante ellas ¿cómo hubiera podido acordarme de mi vestido? Pero mi padre, de pronto, dándose vuelta, me dijo casi enojado:

—Eso es elegancia. Aprende como ellas a vestirte, a caminar, a moverte... Mira qué trajes, qué sombreros llevan...

Sentí que estaba avergonzado de mí. Y, desolada, me puse a llorar.

—Con eso no arreglas nada... Pareces una desgraciada.

Y se alejó. Yo seguía llorando. Y seguí con el pañuelo en los ojos por los Campos Elíseos, mientras ellas regresaban y nosotros también. Con palabras entrecortadas, a momentos quise defenderme. Pero era inútil. Mi padre no creía en la culpa de mi vestido de cuatro francos, a rayas azules y blancas, como debían llevarse en el mercado.

Y en el hotel, frente al espejo, con los ojos rojos, me miré como podría mirarse un pájaro al que hubieran quebrado las alas.

ascensión

Yo soñaba con llegar a las nieves que empenachaban los altos picos de las montañas, rosadas con la aurora, lilas con el crepúsculo, y siempre tan cercanas. Y llegó el día de la ascensión.

Un ferrocarril angosto fue acercándonos entre abetos y pinos y entre rumorosos arroyuelos, que eran una fiesta de espuma. Y veía aguas de plata al caer por la sombra, entre el musgo, entre los helechos, sobre el terciopelo verde del valle, y también cascadas de brillantes, como diademas, cuando las tocaba el sol.

Pero quería llegar a las fuentes... Sin embargo, el camino era la ilusión, era la esperanza, era un juego fugaz de perspectivas, era la cambiante belleza, la gracia nueva de cada instante, era el color y la vida que iban presentando las fascinantes cumbres, las inmutables alturas.

Pero cuando el ferrocarril se detuvo, pensando sólo en llegar, seguimos a pie. Llevaba un pesado vestido de calle, un incómodo sombrero de anchas alas, con velo a la cara y zapatos escotados, de tacos altos. Y pensaba subir por aquellos senderos, a veces verticales como muros, y siempre escarpados, larguísimos, que iban de dere-

cha a izquierda y de izquierda a derecha, como no queriendo llegar. Y fueron pasando las horas y la cumbre blanca no se había acercado, como si insistiera en estar siempre lejos. El valle era ya una perspectiva borrosa en la lejanía, y el penacho de la montaña, como prendido en el cielo, seguía siendo inaccesible.

Aquella ascensión era ya como una obsesión en verdad. Porque no llegaríamos, ni aun caminando y caminando.

Y el ferrocarril, que pudo dejarnos abandonados en aquella aventura, empezó a tocar súbito como un alerta y sin duda también como una reconvención. Entonces bajamos corriendo, pero el camino era también largo para volver.

En el andén, los pasajeros nos miraban sin comprender nuestra ansiedad de la altura o tal vez la locura de nuestra ascensión. Sólo el valle seguía siendo dulce, con una dulzura nueva, maternal, amorosa, con sus campos, ahora violetas, velados de sombra.

—Quisiera quedarme para siempre aquí —dije sinceramente.

El valle tenía una paz suave como un beso, graciosa como un sueño.

Sin embargo, el valle también se nos escapaba.

Estiré la mano en el deseo de acariciar la tierra. Pero el tren seguía su marcha.

Arriba, en la luz, los rebaños parecían minúsculos, como margaritas blancas. Y entre las casitas rojas, espliego y helechos. Y, como un canto al sosiego, el humo azul salía de todas las chimeneas.

Hubiera querido quedarme para siempre. Hubiera querido ver siempre encenderse arriba, cerca de las nieves, las altas estrellas.

Y luego dormir, bajo la tierra violeta, la noche perfumada.

la iglesia campesina

He sentido siempre, aun en mis días sin fe, el influjo de las grandes, sombrías, magníficas, solitarias catedrales, el reposo de sus naves, imponentes, su silencio lleno de misericordia; he cobijado mi levedad allí, como el pájaro que quiere tocar el cielo; y he sentido, dulce como un Ave María, las pequeñas, blancas capillas, de líneas graciosas y despojadas, claras cual las almas puras, olorosas de azucenas, abiertas a la esperanza y atentas a la oración. Pero ese día entré a una iglesia de la campiña francesa, pobre como nunca había visto ninguna y casi andrajosa. Porque si hay andrajos para las paredes, estaban allí.

Era el domingo de un mediodía ardiente de verano y en el borde del pueblo, más afuera que adentro, hallé la pequeña cruz humildísima sobre la humildísima puerta.

Casi no era iglesia ese lugar santo. Y más bien parecía un galpón, con las vigas rústicas a la vista, con las ventanas abiertas de par en par y las paredes cubiertas de estampitas de papel, sin marcos, cada una sujeta por un clavo, llenando todo desordenadamente.

Miraba a mi alrededor sin comprender. Estaba sola. Se escuchaban los gallos cantar al lado cual si estuvieran

dentro de la iglesia, y mugidos junto a las ventanas, como si el campo entrara por ellas a ráfagas.

Sin embargo había santos en los altares, sobre las maderas sin lustrar, vestidos con ropas raídas, pardas y negras, y con su miseria invitaban también a la meditación. Había que acordarse de Belén para quedarse de rodillas y vivir la comunicación divina. Y entonces aquella pobreza se hacía conmovedora. Aquella inocencia ya no me permitía retirarme. Era como una luz lejana que llegaba.

Y sentí que esa casa estaba llena de Dios.

se oyó una campana...

Inesperadamente se oyó una campana en la noche... Prudente, opaca, volvió a oirse en la cárcel de niebla que nos encerraba.

Y pasaron oficiales graves; y los tripulantes, de prisa y atropelladamente, se hicieron preguntas ansiosas.

Estábamos detenidos en un mar de tul, en un fantástico mar de tul. Las máquinas habían sido paradas, en aquella misteriosa calma llena de inquietudes, y el enorme transatlántico era ya como un pájaro posado en una nube.

Todas las luces fueron encendidas... Las orquestas empezaron a tocar las más alegres piezas de su repertorio, y los pasajeros fingían una extraña, imposible despreocupación.

Pero en aquel momento contenido se produjo una rebelión en un sector del pasaje. Hombres y mujeres entraron a gritos por los salones, corrieron sobre las cubiertas; temblando, pedían ser salvados, porque veían ya el naufragio.

Estábamos en pleno océano. ¿Cómo volver las cosas a su cauce?

Mientras tanto, la campana seguía impresionando con

su aullido metálico, en una noche en que se temía que el temor acertara.

¿Hasta cuándo debíamos permanecer en aquel mar de tules?..

–Podemos estar algunas horas, –dijeron– o una noche entera, o días y días; no se sabe.

Y amenazados de adentro y de afuera, esperábamos, sabiendo que aquella espera podía romperse también en un segundo, por culpa de alguna proa imprudente y aventurera...

travesura

Era una tarde serenísima en el solitario Prado de los estíos. La orquesta de los pájaros parecía prepararse a anunciar ya la despedida de la luz, mientras el sol, como en los cuadros de Rembrandt, penetraba la espesura, dando a distintos rincones del paisaje, tonalidades secretas y nuevas.

En un banco, leía bajo los pinos de flecos negros. Mi madre caminaba por el sendero rojo, sin alejarse, y desde lejos llegaban indiferentes clarines.

Todo era allí quietud, ya que en los caminos sólo estábamos ella y yo... y mi libro, no recuerdo si Baudelaire o Verlaine.

Era la hora romántica y el Prado era mío. Y si no hubiera sido porque en el horizonte de oro, lejos, entre los troncos, aparecía como un perfil de ejercicios militares, pudiera creerse un parque abandonado.

Sin embargo, de pronto, al levantar los ojos, tal vez llenos de ensueños, vi que una columna de soldados marchaba en línea recta hacia mi banco.

Miraba las páginas pero ya sin leer. La sorprsea de la marcha había alejado de mi pensamiento las imágenes del poeta. Se oían los pasos y ya no hubiera podido ir-

me, porque ellos estaban allí. ¿Por qué se acercaban?

El joven teniente, a quien yo había visto alguna vez, alzó el sable, serio, creo que sin mirarme; acaso daba con ello una orden. Y la compañía cercó el banco por la izquierda, por el fondo, por la derecha, y se alejó hasta quedar de nuevo como recortada en el horizonte de oro.

Cuando estaban junto a mí, los miraba conteniendo la risa, pero ellos no podían mirarme. Pensaba en una travesura del teniente, que había querido satisfacer su curiosidad, intrigado por saber quién leía bajo los pinos en el parque poético...

Y resultaba gracioso y galante, como un homenaje del joven oficial a la mujer desconocida, que era yo.

inutilidad

Era medianoche. Una transparente serenidad cubría la tierra mientras las cosas dormían. Pensemos en la hora en que el silencio baja azulado desde el arco de la luna... Casi no hablábamos.

Y de pronto se oyeron voces espantadas, como de locura, que desesperadamente pedían socorro. Se agitaron las magnolias, las araucarias y de los miradores volaron alas oscuras. Por todas partes iban abriéndose puertas y ventanas y se asomaban cabezas interrogantes y desmelenadas, mientras entre las pajas de un techo salían vías rojas y vías amarillas.

—¡Socorro! —seguían gritando las voces de adentro.

—¡Qué horrible! —decían ahora las voces de afuera. Dios tenga compasión por esa pobre gente.

Y se unieron las voluntades. Y la gente corría, abrazados todos en un gran esfuerzo, en un gran amor.

Llamé apresuradamente a los bomberos; sin embargo, no se oyeron las campanas de sus carros, por lo que volví a llamar. Pero la respuesta, esta vez fue drástica:

—Es inútil ir porque entre esas quintas no hay tomas de agua, —dijeron.

Pensé entonces en las mangueras de los jardines, que

trataron de unirse, pero aún así no llegaban a cruzar la calle. Mientras tanto, los vecinos corrían con baldes, con jarras, con agua de los aljibes y de los bebederos, pero la sed del incendio iba venciendo ya su buena esperanza. Y la columna de fuego, roja, amarilla, negra, libre y desafiante iluminó los campos.

El desánimo ganó los movimientos de las gentes, que se quedaron al fin contemplando el triunfo del fuego impío e insano, como un demonio de muchas bocas, escapado de las jaulas del diablo.

Un gallo, victorioso, anunció entonces la aurora; se oyeron mugidos de los bueyes y un leve piar de pájaros. Más tarde, sobre la pradera a la que un día niño regalaba luz esmeralda, cayó una lluvia de cenizas voladoras, como pájaros grises nacidos de la tristeza y de la muerte.

Todo había concluido; apenas quedaban ahora unos lloros contenidos, apenas unas pobres quejas. Unas sillas, una mesa, una cama se agrupaban bajo un ombú, que nunca se había visto y que había aparecido en la noche nueva del paisaje.

Los pasos se alejaron. Las voces se esparcieron. Sólo quedaba ya en los corazones la acompañadora lástima, que había vuelto a guardarse. Y en la difícil resignación, sombras que se movían solas y como abandonadas.

un pueblecito

Flores era un pueblo de una gracia candorosa. Me pareció diminuto, así escondido entre el verdor y la modorra de la campiña, entonces tan llena de verano. Llegué a media mañana, cuando las casas estaban todavía cerradas y las plazas solitarias, y recorrí la población de un extremo a otro, como si tocara sus cuatro límites. Y ví puertas cerradas, ventanas herméticas y aisladores muros, blancos de cal, que lucían como guardas de hiedras y madreselvas, o penachos de laurel, a manera de muestra de sus invisibles jardines.

Tal vez era temprano, porque no había ni una vidriera abierta. El pueblo parecía dormido; ni una persona, en la calle, daba una nota de vida o actividad. Y un viento de fuego quemaba las piedras y empezaba a fatigar el entusiasmo con que había llegado. Sólo un pregonero se cruzó en la calle conmigo, y luego en aquella esquina... Así era Flores hace cincuenta años.

Llegó el mediodía y la tarde, y debía irme en el único tren que tenía aquel lugar para unirse con el mundo; me iría con la visión de un lugar sencillo y bueno, pero triste. De nuevo atravesaría campos y campos de flechillas, símbolos de pobreza desolada. La tarde seguía sin

pasos, como la mañana, las ventanas sin abrirse, las vidrieras sin adivinarse. Unicamente las sombras habían cambiado de sitio, y la Catedral se proyectaba ahora sobre el suelo, haciendo respirable la plaza.

Pero Flores tenía habitantes de cordialidad exquisita; su fina galantería me hace escribir este recuerdo afectuoso. Ellos aseguraban que el lugar tenía animación nocturna y que al anochecer vería pasear a hermosas mujeres en la plaza, en la que, como una verbena, se hacía una fiesta diaria. El Jefe Político, el Intendente, el Médico, el comandante insistían para que me quedara. Y alguno pensó que podía volver en el auto de vía.

Pero el auto de vía que me proponían era una solución arriesgada, ya que poco tiempo antes había sido colocado en la noche un alambre de árbol a árbol, a la altura de las gargantas, con propósitos asesinos.

Entonces, el joven coronel, con elogiable galantería, me ofreció un piquete de su escuadrón, veinte soldados y un oficial, para que me escoltaran.

—Ahora ¿se queda? —me preguntaron.

Fue como en un cuento que crucé el río y los campos en la noche secreta, con aquella guardia a caballo.

La luna, hacía de un gris plateado y fantasmal a los jinetes y a los corceles y daba a los campos una irreal luminosidad, como para que mi imaginación los sembrara con los duendes evadidos de las extrañas historias que escuchaba cuando era una niña. Y todo parecía flotar en el aire y deslizarse sin esfuerzo, como un vuelo o como un sueño hacia las lejanías donde el silencio y la luz se mezclaban sin dejar rastro.

¿pecado?

Ya la penumbra invadía las cosas y apretaba el corazón, tan sensible a aquella soledad pueblerina, cuando en mi puerta sonó el tímido golpe del llamador.

Sorprendida, inquieta, abrí la puerta a la noche. La calle estaba oscura y en el umbral, casi junto a mí, hallé a dos sombras, ellas dos, la mujer y la niña.

¿Se habían equivocado?

Pero la mujer balbuceaba ya un pedido. Era difícil decirlo... Porque no tenía dinero... Quería dejarme a la niña, que era su hija...

Le hablé severamente, tal vez indignada. ¿Cómo iba a darme a su hija, a mí, a quien ella no conocía?

Pero no quería limosnas... Solamente quería dejar a su hija, quería regalármela.

—Usted no puede darla, —argumentaba yo, sin que ella comprendiera.

Sin embargo me miraba implorante, con ojos de fiebre. Y seguía hablando con voz seca:

—¿Verdad que tú quieres quedarte con la señora?

La niña era de color tierra, como la madre, y asentía con la cabeza, mirándome con sus grandes ojos tristes.

Ella sabía ya que tenía que asentir. Que debía gustarle quedarse.

Y yo me negué. Pensaba en el deber de la madre y tal vez que para mí era una complicación, un compromiso, una carga, aquella niña con sus raquíticos siete años... Yo era joven, era inexperimentada y vivía en un profundo aislamiento lleno de problemas. Y acaso fui egoísta.

Pero cuando recapacité y abrí de nuevo la puerta, en la noche de la calle, ellas ya no estaban allí. ¿Habrían repetido su pedido al lado, enfrente?

Quería convencerme de que así debió ser, pero durante mucho tiempo seguí viendo los ojos de la niña y seguí oyendo la voz de la madre. Y me sentí culpable.

Entonces, ya tarde sin duda, pensaba en el arroyo, que estaría negro a esas horas. Pero me tranquilizaba luego, diciéndome que se habría sabido...

Cuando ella insistía, me aseguraba:

—Nunca más oirá hablar de mí...

Esa voz la recuerdo siempre. Y más aún los ojos de la niña se llegan a mi recuerdo suavemente, llenos de una mansedumbre infinita, húmedos de prematura luz de invierno, alelados, ahogados, inmensamente abiertos, como dos flores que me vinieran a hablar de Jesús en el mismo borde del sueño.

espera

Aún no tenía que declinar la luz, cuando en esa tarde de julio el cielo se hizo sorpresivamente negro. Y casi enseguida, los senderos de mi jardín quedaron rojos, como alfombrados de rojo, de amapolas silvestres, de amapolas rojas, y un aire de fuga pasó por la calle.

Sombras encapuchadas desaparecían corriendo. La blanca escalera había quedado espejante y el viento trenzó remolinos de hojas.

Cortinas de agua velaron de pronto mis vidrios; las rosas de mi ventana caían como lágrimas. Y yo comenzaba a esperar.

Se oyeron los latigazos de los cocheros que apuraban nerviosos ante la desatada tormenta, y más allá de los guayabos de mi jardín, en el Prado, las altas copas se balanceaban ya con un ruido de sedas enfurecidas. Y yo seguía esperando, mientras las puertas se sacudían como para abrirse, sin que nadie llegara.

Era una lluvia aisladora, de cegadores relámpagos, que parecía estar volcando toda su furia sobre nosotros, sobre las campanillas inocentes de mi jardín, sobre las frágiles y dulces madreselvas, sobre los tempraneros nardos. Y crujía la torre y se golpeaba el portón, porque era como si trepidara también la tierra.

Cayeron árboles y se desgajaron ramas. Los eucaliptus, vencidos, quedaron atravesando los caminos; con ruido de lucha, la naturaleza se defendía. Y yo esperaba.

Las celosías, que habían permanecido abiertas, empezaron a cerrarse, como para agazaparse bajo los techos; pero los techos volaban cerca, lejos. Y los cables telefónicos, enredados unos con otros, hacían relámpagos sobre las piedras de la calle. Y yo seguía allí, de pie, ante la ventana.

Después, sin querer, entramos en el silencio. Y apretaba la garganta aquel silencio sin cascos, sin bocinas, sin ruedas.

Todo parecía muerto. Así llegó la aurora sobre el paisaje; fue, con una luz sin pájaros, reflejándose sobre los charcos.

Y yo aún estaba esperando.

aquella noche

Era ya el aire de flores que esperábamos, la primavera que iba a traer sol a las almas y a los cuerpos. Pero esa primavera para nosotros no llegaría.

Afuera era como un canto la ilusión de las estrellas, pero adentro, en la penumbra de adenrto, yo había tenido que escuchar la terrible sentencia. Y debía decir a los que estaban en la esperanza, a los que vivían en un sosiego sin presagios, que la muerte, esa cosa invisible y lejana, inconcebible y permanente, estaba allí con nosotros, velando mientras llegaba el día.

¿Quién hubiera podido oir mansamente la repetida equivocación de los hombres? Y sin embargo, como una fatalidad, llegábamos de lo resplandeciente al secreto de aquella noche trágica.

—¡Oh Señor! Ilumina a los que deben decir las palabras que hacen doler el corazón... Ten piedad, Señor, de los que deben escuchar lo que no tendrían que entender. Ten piedad de los que entran en un mar para siempre sin costas.

Los pasos se hicieron inútiles, las voces quedaron oprimidas...

Era su última noche. Y con la muerte a su lado, en un sueño lúcido, él nos mostraba el reverso de la hora.

Pero la muerte, que entra sin cara, como el viento, sin cuerpo, como el sol, con la luz cerró sus ojos.

después

Acaso queríamos sostener la tristeza, que era lo único que nos había quedado... Y la memoria, esa raíz viva de los tiempos, nos unía sin palabras en el refugio del ancho balcón.

Con los ojos, que querían recoger la indiferencia, sólo mirábamos los espacios de sombra del jardín, y la fuente sin agua, y las flores dispuestas para los ramos fúnebres.

Afuera, en la calle, lejos, la vida seguía como antes, movediza y gozosa, y era una calle que pasaba como de prisa, sin detenerse, buscando las playas del estío, con la fiesta de sus ponientes de oro. Por eso la calle llegaba al ancho balcón, sin sentido.

La hora grave había dejado aquella convalecencia y las cosas perdían su nitidez; perdían su entusiasmo los problemas candentes, y aún las ricas ilusiones del mundo. Nosotros sólo hablábamos de las piñas que caían de las araucarias, del nido que los benteveos construían en el alero, del perfume de las magnolias que traía la brisa; decíamos que la torre había comenzado a agrietarse, que el helecho se secaba. Y escuchábamos cómo el ángelus dejaba cada tarde su campana en el aire...

Era siempre así como una paz lentísima, porque las voces a propósito se habían llenado de indiferencia. Por eso era una sorpresa la aparición de los teru-terus, que anunciaban la noche.

Y decíamos entonces:

—Ya está fresco, cerremos...

Luego, de prisa encendíamos la lámpara para no ver aquella serenidad que nos daba esa tenaz, anonadadora meditación de cada tarde.

mis ventanas

Como algunos coleccionan sellos o monedas, autógrafos o retratos, yo colecciono ventanas. Así, en mi memoria han quedado unidas a sentimientos de todas las épocas, y abiertas a esos pequeños horizontes que, como un regalo, nos dan lo que pasa y que hacemos nuestro. Porque si la casa, que guarda el tesoro de tantas horas, es más rica en recuerdos, la siento, sin embargo, estática, a pesar de sus salones, que mi memoria podría animar, a pesar de la mesa familiar, y de la alcoba blanca de los años blancos, y de los graciosos cortinados de tules, que envolvían con su nube mi cama.

Pero las ventanas siguen aún frente a mí, animadas, como si me esperaran. ¡Oh dulces, queridas, lejanas ventanas, en las que mi vida vive su antigua vida!

Y se alzan allí, ante una de ellas, los rumorosos árboles de Colón, que un día fueron mi fiesta, y aquellos caminos dormidos, por los que sólo pasaban carros tirados por caballos en los que iban labriegos y escolares.

Y miro la calle San José detrás de unos vidrios siempre calientes de sol, al lado de mi vieja madrina, siguiendo el aburrido movimiento de la vereda de enfrente. Y después es la empinada ventana de la calle Cáma-

ras, que me fascinaba con sus perspectivas siempre nuevas. Porque allí todo el norte de la ciudad estaba ante mis ojos, y las aguas de uno y otro lado, y los arenales de la playa Capurro, la falda nutrida de casillitas que subían al Cerro, las arboledas de 8 de Octubre, y luego esos descubrimientos menores: floreros sobre los pretiles, molduras en los frontispicios barrocos, barandas en las azoteas, el mirador de Leoncio Correa, los azulejos de los capuchinos, los campanarios de la Aguada y los negros conos vivos del Cementerio.

Y eran celosías que año a año se abrían en una dirección distinta, haciendo que mi vida fuera una constante peregrinación por las ventanas. Estaba frente a auroras o a mares, o a vientos o a arroyos; a la fuente de mármol de una plaza, a una montaña blanca de nieve o negra de sombra, a la calle populosa o a la calle muerta, a una magnolia de almidonadas hojas de raso, a un bosquecillo de pinos desflecados, a húmedos canteros bordeados de boj, a un bullicioso colegio, o a un descampado cortado por el paso estridente del ferrocarril. Por ellas entraron a raudales los cobres de los conciertos militares, los dobles y los repiques de las catedrales y de las capillas, las locuras del carnaval, el trote de los caballos sobre la tierra, sobre las piedras, sobre los empedrados de madera, y también la curiosidad de los vecinos, la confusión de las bocinas, de los pitos de los vigilantes, la ronca despedida de los vapores, los cantos de los marineros, o la visión de los presos llevados a la cárcel.

— 2 —

De pronto mi ventana se abrió a la atmósfera de oro de una calle de París, frente a casas grises, a volantas tentadoras, que llevaban el entusiasmo de las mujeres

vestidas a rayas, como cebras, con grandes capelinas desbordantes de campanillas. O allí mismo todavía, otra se abrió en el entrepiso de una calle en forma de ele, a la sombra de San Roque, cerca del Louvre, entre casas con jaulas de pájaros y tiestos de flores en todos los pisos y un organillo que repetía siempre la misma música y recogía óbolos.

Otra más se abrió para mis ojos en la gran capital, a la calzada convertida en salón de baile para festejar la toma de la Bastilla. Y esa ventana abierta recibió, durante horas y horas, aquella cambiante alegría, en la que giraban los fracs del comedor y los gorros de la cocina, las tocas de largas cintas de las nodrizas, los botones dorados de los porteros, los brazos que llevaban cestas de verduras y los que dejaban los cochecitos de los niños dormidos en la vereda...

Y como en un sueño se dibujó después la cadena azul de los Pirineos, y abajo el espejo de un río sin puentes, sin barcas, como barrera que daba lejanía a un castillo histórico. Y después mi ventana sobre el lago Leman, con su círculo de picos, y la sorpresa de una fuente de agua y de luz, magnífica como un regalo.

Y de nuevo las ventanillas marinas, mojadas de espuma, de niebla y de sol, con sus sombríos azules, sus verdes transparentes, sus rosas encendidas del amanecer, su tremendo color vinoso, sus grises tristes y sus negros profundos.

Y luego las ventanas plácidas de las quintas, con romeros y heliotropos, y sus paisajes de araucarias, que, haciéndose copas, se ofrecían a las estrellas. Era en las quintas nostálgicas del Paso de las Duranas, vividas entre ilusiones. O era una ventana suspendida como entre el cielo y la tierra, que dejaba ver la bahía en calma, la intermitente farola, los cascos de los viejos buques abandonados y un mundo de velas plegadas. O, en las lejanías del Prado, sus caminos solitarios.

Y ellas hicieron así mi historia y fueron acompañando mi vida.

— 3 —

Pero entre todas, una parecía hecha como para abrirse hacia adentro. Y si yo miraba la calle, la calle me miraba a mí.

Era en un pueblo. Pasaba horas en esa vidriera. Estaba junto a la ventana y leía, bordaba, escribía... Y los que pasaban se detenían como si yo no estuviera, comentando en alta voz sus impresiones y sus dudas, como si yo no oyese, como si yo no viera. ¿Era aquello un tributo, una alabanza, una impertinencia?.. Porque se preocupaban de mí, pero prescindían de mi presencia.

Y cuando yo los miraba, ninguno se movía, y seguían hablando de mí, frente a mí.

Pero pude más tarde volver a mirar hacia afuera. Mi horizonte fue una iglesia roja, y antes, o después, un reloj luminoso, y después o antes un jardín interior, con su fuente seca y cuatro cipreses como velas... Y casas y casas... Y la carga de un enorme jazmín que apenas dejaba entreabrir mi ventana... Y luego aquellos vidrios que yo abría para rezar de rodillas, de cara al cielo, a la hora de la estrella matutina.

Y ahora estoy frente a una centenaria acacia que da a mi cuarto una penumbra verde, como de glorieta, con ramas que casi tocan las celosías y que llenan de tal realidad de campo mi ambiente, que los pájaros llegan hasta mi espejo, buscando frutos en su fondo tornasolado.

Y acaso ésta va a ser mi postrer ventana... Salvo que, como me lo susurra la esperanza, más allá de todas las ventanas, abierta entre la luz infinita, esté la última.

INDICE



impreso en los ta-
lleres gráficos de
shera'a s. r. l.;
canelones 1 4 8 4,
montevideo, en
el mes de diciem-
bre de 1977. edi-
ción ampara-
da en el art. 79
de la ley 13.349,
d e p ó s i t o
legal 118.190/77

Melancólicamente

JOSEFINA LERENA ACEVEDO DE BLIXEN fue siempre dueña de una prosa elegante y fina. Así lo atestiguan sus ensayos "A media voz" y "Entre líneas", sus biografías sobre personalidades como las de Carlos Reyles, Antonio María Claret y José Pedro Varela, sus colecciones de pensamientos, de hondura y originalidad y su crónica evocadora de la vida de Montevideo a principios de siglo que lleva por título "Novecientos".

"MELANCOLICAMENTE", uno de los libros que la autora no llegó a ver editado y que SHERA'A se complace en presentar al público, es una sucesión de recuerdos, de pequeñas anécdotas en las que el valor estriba especialmente en la forma de expresar, casi diríamos de bordar instantes de su vivir, poetizados en una iluminada visión que aparece como diluida en una tenue música de levedad y de ensueño.

ediciones shera'a